

III

SOCIOLOGIA Y ECONOMIA

FRANCISCO MORENO DE HERRERA

Conde de los Andes

ALGUNOS INTELLECTUALES
DEL MUNDO ACTUAL

Algunos intelectuales del mundo actual

por el Académico de número

EXCMO. SR. D. FRANCISCO MORENO DE HERRERA,
CONDE DE LOS ANDES (*)

Hay una afirmación del «pensamiento de la derecha hoy día» que comparto plenamente, cuyos muchos exponentes proclaman su realidad indiscutible.

Los «burgueses de hoy», dice Simone de Beauvoir, «tienen miedo. En todos los libros, en todos los artículos, en los discursos que expresan su pensamiento, es este pánico lo que ante todo salta a los ojos».

Sustituir el término burgués por el de derecha comprende valores espirituales, que son en definitiva los que inspiran la civilización cristiana. Civilización que hoy llamamos occidental, precisamente porque muchos han dejado de pensar en los valores sustantivos, morales y religiosos, que son en definitiva los que la enmarcan y comprenden.

Alexis Carrel, en su «Reflexiones sobre la conducta de la vida», reconocía en 1950 que «la civilización de Occidente está socavada en sus cimientos».

Un político de la derecha como Jacques Soustelle confiesa sus temores en «Libertad y Espíritu», también por los años cincuenta y uno. «El proceso, dice, será largo y terrible».

(*) Disertación en Junta del 22 de abril de 1975.

Años atrás, Spengler temía el fin de la civilización, aunque el ruso Berdiaeff, con optimismo, esperaba una «Nueva Edad Media», en la que los valores espirituales se renovarían y acabarían por prevalecer.

El fenómeno no es nuevo. La vuelta a la barbarie pretérita, ha sido en muchos momentos de la historia, temida y predecida. Como lo ha sido igualmente el fin del mundo.

Lo interesante es desentrañar la novedad que encierra el peligro más amenazador en la actualidad.

Para mi entendimiento, lo más grave es que las posiciones conservadoras de hoy día están llenas de confusión y carecen del sentido esencialmente religioso y espiritual, cuya impronta se acusaba claramente, en ocasiones, hasta hace todavía pocos años.

El orden social, término que pocos se atreven a invocar en la hora presente, que no es otro que el orden social cristiano, aunque en él pululen las impurezas que acompaña a todo lo humano, fue puesto en entredicho por la Revolución Francesa muy gravemente.

Su restablecimiento no volvió a imperar nunca después, aun cuando los pilares esenciales del edificio fueron repuestos con la derrota de Napoleón.

Hasta hace poco, la amenaza revolucionaria, cada vez más intensa, estaba a cargo de las fuerzas obreras, cuya importancia masiva aumentó con el industrialismo y la sociedad capitalista. Digamos, una vez más, que la injusticia social obrera que trajo la revolución industrial, fue tremenda, y una gran ignominia. Jamás se hubiesen manifestado en aspectos tan desoladores, si la Revolución Francesa no hubiese destruido la organización gremial amparadora y protectora de los obreros.

Irónicamente, reproduce Simone de Beauvoir en el libro citado antes, que Chateaubriand exponía el principio que «a la fuerza de las guarniciones podía agregarse la omnipotencia de las esperanzas religiosas». Desde su punto de vista puede ironizar, pero la afirmación sigue siendo válida.

Lo trágico es oponer a una revolución desintegradora un ejército sin pensamiento.

Detener la anarquía para después ignorar cómo rehacer la sociedad, es el fantasma que se adivina en el horizonte del mundo actual. Luchar así es caminar sobre tierra movediza. Peor todavía.

Grupos importantes intelectuales preconizan que se debe destruir la organización social que nos encuadra, aunque no sepamos ciertamente la meta que vamos a alcanzar, ni nos importe siquiera atisbarla.

Hace poco más de un mes, se celebraba en la Academia Española el homenaje a los Machado. En tan brillante sesión académica, intervino un intelectual español muy preclaro. Sus palabras en algún momento eran un exponente intelectual español del pensamiento típico del intelectual izquierdista del mundo actual. Comentaba el ilustre Académico y conferenciante los conocidísimos versos de Antonio Machado:

Caminante, no hay camino, se hace camino al andar.

El comentario venía a decir, que lo importante es caminar, donde sea, aunque no se sepa adónde se va. El mero hecho de caminar es ya liberarse de la opresión, y el avanzar es siempre una conquista. «Cualquier camino buscando algo es ya trascendente». Con estas palabras resumía su pensamiento. Palabras, diría yo, de indudable sabor existencialista.

Mi disconformidad con este planteamiento, con esta tesis, es total. Naturalmente que los versos de Machado tienen otras interpretaciones distintas. Erigir el movimiento y la acción en teoría de razón, se me antoja como un reflejo del marxismo-leninismo y la revolución permanente. Aquí está la piedra de contraste de la posición intelectual izquierdista que prevalece en el mundo de hoy.

A la necesidad de un cambio se sacrifica la paz civil, las mejoras económicas, y hasta la libertad.

Todo sucede como si los hombres aceptasen por doquier la necesidad fatal de una revolución, como bien principal y supremo. La revolución como un bien en sí misma.

En Francia los intelectuales tienen un campo de acción mayor y sus representantes son muchos. La propaganda de algunos, consiste cabalmente en propugnar la necesidad de ponerlo todo patas arriba, aun cuando los elementos sociales surgidos del crecimiento y desarrollo económico no les sean hostiles. Ni que decir tiene que este pensamiento de los intelectuales se enfrenta con las

clases tradicionalmente conservadoras. La paradoja de Sartre sobre Camus puede aplicarse a ciertos intelectuales en boga. «No están ni con la derecha ni con la izquierda, están en el aire».

La crisis espiritual e intelectual del mundo obedece a la presencia de una paradoja. La existencia simultánea de una revolución cultural y de una voluntad general mundial de un orden externo, y del deseo de un desarrollo económico que aumente la riqueza y el bienestar.

Al mismo tiempo se rechaza la exigencia crítica del estado, de sus fundamentos y por supuesto el análisis de la inspiración ideológica y espiritual indispensables para que reine el orden, o sea, la armonía social de las partes, que es algo muy diferente del mero orden material. La incertidumbre política proviene de esta confusión.

Antes de proseguir quisiera hacer una observación. Los sistemas políticos de Occidente se están manteniendo más que por una defensa adecuada para reprimir la subversión, porque en general el empuje revolucionario tampoco sabe, muchas veces, lo que quiere.

Su acción demoleadora se difumina y remansa. Claro está, las minorías comunistas tienen plena conciencia de la persecución de los fines que pretenden alcanzar. Pero son minorías. Eso sí, saben perfectamente el libro de Santiago Carrillo, *España mañana*, lo dice paladinamente, que sin el concurso de los grupos socialistas moderados y los democráticos que les son afines, no pueden alcanzar el triunfo.

Estamos, en efecto, viviendo una revolución cultural, aunque la expresión sea equívoca. Pero parte de su atractivo está precisamente en la imprecisión del término. La palabra fascina, porque el adjetivo cultural renueva el sustantivo, un poco deteriorado, de revolución.

La palabra cultura tiene poder mágico. Su prestigio se aumenta con su importación exótica de la China maoísta. Lo novedoso aliado a la lejanía, siempre excita las pasiones humanas.

Volvamos los ojos atrás. El renacimiento fue una revolución cultural, pero no una revolución política.

La Revolución Francesa fue una subversión política y social, que en cierto modo dio realidad pragmática a la revolución cultural de los enciclopedistas.

En cambio, la revolución comunista de 1917 fue una revolución política, económica y social, pero no una revolución cultural.

Podíamos definir una revolución cultural diciendo que sus premisas son las siguientes: Por una parte, grupos sociales algo importantes se enfrentan con los valores morales, sociales y hasta con los conocimientos establecidos que regían y ordenaban la sociedad preexistente y los declaran caducos.

La segunda premisa será disfrazar este escepticismo con un lenguaje político, y con la adopción de modas en el vestir, en el atuendo, en el arte y en las costumbres.

Tercera premisa, que determina una revolución cultural, es la adopción de una nueva moral radicalmente opuesta a la preexistente.

El cristianismo fue una gran revolución cultural, que no solamente dismanteló los dioses paganos, sino que liquidó la moral tradicional del imperio romano.

Aquella revolución cultural fue más humana, puesto que se asentaba en el principio de la fraternidad entre los hombres, que la romana basaba en la esclavitud y en un sistema clasista oprobioso. Pero en cambio introdujo una moral más rígida.

La revolución cultural maoista también es una revolución moral, que implica una mayor rigidez de costumbres. Sus leyes son espartanas. Sin embargo, la traducción occidental de la revolución cultural tiene un signo distinto. Liberación sexual, anarquía y búsqueda de una religiosidad individual, sin sujeción a normas ni a dirección superior.

Se maldice el desarrollo tecnocrático y científico, pero beneficiándose de sus conquistas.

Frente a la revolución cultural, surge insensible, inadvertidamente, un sentido conservador inspirado por el miedo.

Si el cristianismo fue una revolución cultural auténticamente humana y liberadora, sin embargo, al mismo tiempo introdujo una moral más rígida.

Después de veinte siglos aparece una revolución cultural de signo materialista que implica una revolución moral con rigidez de costumbres y leyes espartanas.

Pero la traducción occidental de la revolución cultural maoísta también tiene signo materialista, pero sus premisas no son ni la rigidez de costumbres ni la sujeción a una disciplina férrea. Por el contrario, sus enunciados son la liberación sexual, la anarquía de costumbres y búsqueda de una religiosidad individual sin ajustarse a normas ni a una dirección superior, como ya se ha dicho.

La institución familiar, primera célula social natural, todavía más que la existencia del Estado, ha sido el blanco principal de la subversión de esta revolución cultural. También es la institución que más ha padecido. Mucho más que el principio religioso, mucho más que la autoridad del Estado. Se combate la desigualdad social, pero en el fondo nadie acepta las consecuencias que traería su desaparición.

Frente a la revolución cultural, surge insensible, inadvertidamente, un sentido conservador inspirado por el miedo. El hombre actual tiene miedo por tres razones. Una, el cambio económico vertiginoso que se opera ante sus ojos.

El desarrollo industrial tiene un efecto social que contribuye a la decadencia de la institución familiar. El campesino abandona el campo atraído por el espejismo urbano. La propaganda de una vida mejor y más atractiva. La realidad urbana le enseña demasiado tarde cuánto hay de falso en el señuelo publicitario.

La vida urbana con su macro-urbanismo, las distancias y la dificultad de circulación, contribuirán a que la familia viva desunida.

Mayores sueldos, pero también más necesidades, muchas ficticias, creadas por una publicidad sin tino, responsable de la sociedad de consumo, justamente censurada en muchos aspectos.

Señalamos que en España, afortunadamente, el Gobierno se da cuenta de la importancia de la vida y la economía rural, y así lo ha proclamado recientemente.

Por otra parte, los sueldos en el campo, al menos en muchas zonas andaluzas, hablo de la mía, son altos y ahora frenan la emigración rural.

Pero el fenómeno del cambio económico no incide solamente en las masas obreras. Afecta a todo el mundo. Las industrias tienen que renovarse continuamente para no perecer. Las dinastías industriales o venden sus acciones o tienen que concentrarse en

organizaciones económicas más importantes. En segundo lugar, este crecimiento económico ha modificado profundamente el nivel de vida. El mundo occidental no vive en la penuria. La seguridad social ahuyenta el espectro del paro, de la enfermedad y de la vejez. Bien sé cuántas quiebras tiene su organización, que en muchos casos aumenta la vagancia, disminuye la producción y en definitiva trae consigo el derroche y despilfarro económico que sufren empresarios y trabajadores, porque repercute en la economía nacional. Pero en sentido general es indudable que existe un nivel de vida superior muy extendido.

La baja clase media ha venido casi a confundirse con parte de la obrera.

Una habitación estrecha pero acicalada. Televisor y electrodomésticos. Hasta automóvil o por lo menos motocicleta. El atuendo femenino iguala a parte considerable de la clase media con la obrera.

Por eso el planteamiento de la lucha de clases con argumentos económicos carece del sentido que tenía hace algunos años.

De aquí la trascendencia del apoyo que los intelectuales izquierdistas dan a la mozalbetería en sus afanes revolucionarios. Porque la juventud contestataria estudiantil y los obreros ni se entienden normalmente ni se ven mutuamente con buenos ojos.

Muchos hemos indagado la opinión obrera sobre los desmanes estudiantiles universitarios. Los estudiantes universitarios no son bienquistos de los obreros y sus huelgas y manifestaciones les son profundamente odiosas y antipáticas.

De suerte que se ha ampliado considerablemente el sentido conservador que abarca zonas más extensas de la sociedad, aunque carezca de una inspiración tan profunda como la tradicional. Antes al contrario, refleja unos supuestos puramente negativos.

El conservadurismo teme la convulsión política que pueda entorpecer el progreso económico. En último lugar, la revolución cultural tropieza, para politizarse, con el fenómeno tecnomilitar, que supone la guerra: la guerra nuclear, cuyo espectro establece un equilibrio inmovilista inspirado por el pánico.

En los períodos anteriores a las dos guerras, del 14 y del 40, la amenaza bélica se contemplaba como un acontecimiento previsible que hoy día no existe, por el miedo a la hecatombe apocalíptica nuclear.

Este es un factor nuevo en la política del mundo derivado del hecho de la posesión por Rusia y por los Estados Unidos de la supremacía atómica.

Si Charles Peguy, en 1913, decía que «el mundo ha cambiado menos desde Jesucristo que en los últimos treinta años», con mucho mayor motivo podríamos en el día de hoy, hacer una afirmación semejante.

Este cambio de ideas que rompe con las tradicionales y se extiende mundialmente es un conjunto de ideas vagas y simples, ciertamente, que en general, enmascara una ignorancia supina, y se traducen en unas ideas estereotipadas elementales, cuya difusión es inmensa merced a los medios audiovisuales de la radio y de la televisión.

Lo interesante es subrayar que esta falsa cultura, o contracultura, sustituye, o al menos abarca, mayor extensión que la comprendida por los problemas económicos y sociales.

Pero los únicos grupos sociales que quieren de verdad destruir el orden social, aunque sea solamente un orden material, ya que la inspiración religiosa y espiritual que conforma el verdadero orden social está en crisis, es la juventud que protesta. Juventud que es más nutrida como grupo social, porque el número de estudiantes es muy superior como consecuencia de la extensión de la educación universitaria y naturalmente también por la explosión demográfica.

Pero la cultura, la verdadera cultura, está representada por las minorías intelectuales.

Pero una vez más, muchos intelectuales traicionan su misión directora. A ellos se suma además el desvarío de algunos obispos y sacerdotes que siembran la confusión y el desorden en las filas cristianas.

En definitiva, son los intelectuales los que trazan el camino de la historia. Pocas veces un político lanza las ideas y luego las pone en práctica. A menos que sea al mismo tiempo intelectual y político.

En otros momentos históricos, los intelectuales defendían unas ideologías tradicionales o revolucionarias, católicas o racionalistas con íntima buena fe.

Pero hoy día algunos intelectuales, me refiero principalmen-

te a Francia, son una verdadera clase social contradictoria y es-céptica que explota unos supuestos ideológicos en boga, pero que en rigor ni cree en ellos ni pretende que prevalezcan.

El intelectual moderno, a ciertos intelectuales izquierdistas me refiero, no pueden enmarcarse en las categorías clásicas, porque no se identifica de verdad con las clases que defiende ni con sus aspiraciones.

Vive como un burgués, pero detesta la burguesía. No vive como un obrero, pero finge adorar sus inquietudes. Sobre todo exalta las utopías neo-románticas y revolucionarias de la juventud.

La novedad del intelectual de moda es su insinceridad con los postulados que defiende. Porque el intelectual que quiero denotar no pretende luchar para imponer unas ideas, pretende solamente airear el escándalo de aplaudir el deseo de demoler todo lo existente.

Todos los grupos sociales pretenden el poder y la gloria.

Los católicos, y los comunistas si son sinceros, merecen un cierto respeto porque sienten lo que predicán. Sobre todo si procuran de verdad el triunfo de su causa.

Pero los intelectuales que se erigen en casta asépticamente intelectual, que no se comprometen políticamente, que no serán ni mártires ni héroes, son un producto moderno híbrido de marxismo y existencialismo.

En el fondo creen en la seguridad de los valores materiales y morales que por encima de sus propagandas serán un dique capaz de contener el salto en el vacío.

La juventud, repito, es la única clase, porque «la mozalbetería», que diría Unamuno, ha venido a constituir una clase social en el mundo actual, que de verdad cree en la bondad del desmantelamiento total de la sociedad.

Recordemos que la tesis de Marcuse es la idea motriz de la revolución de la contra-cultura.

Parte de la idea del sentimiento de frustración que produce el desarrollo económico, cuando el hombre se cansa o aburre de adquirir y consumir objetos y cosas que en rigor no pretende ni necesita. Consecuencia de la sociedad de consumo, creada por la sociedad industrial capitalista, defendida casi exclusivamente por el móvil del beneficio económico.

El hombre se siente mutilado en este mundo unidimensional, y sueña con un mundo más humano, más libre. En lugar de unas estructuras que le oprimen, busca la liberación a través de la espontaneidad, la fantasía, el erotismo y, en definitiva, la protesta.

Este mundo económico político-social en quiebra está inspirado en la falsa tesis del progreso indefinido. Su inspiración es válida para la juventud, porque cree que, sus quiebras antipáticas, obedecen a unos cauces ordenados equivocadamente que constriñen el libre desenvolvimiento del progreso.

Ignoran que la idea racionalista del progreso indefinido lleva implícita una regresión simultánea, en otros planos o aspectos.

La limitación humana impide progresar al mismo tiempo en todos los sentidos.

La radio y la televisión aumentan la difusión de las noticias y la información, pero impiden los ejercicios intelectuales y el beneficio de la meditación.

El progreso técnico disminuye el número de las libertades humanas.

Nuestro llorado compañero, el eminente D. Juan Zaragüeta, decía «que la irregularidad del progreso, su arritmia y su carencia de dirección universal eran la mejor demostración de la falsedad del progreso indefinido».

La reacción natural frente a la injusticia es la anarquía y la destrucción, cuando no existen valores morales y religiosos que sepan explicar la causas del mal y los remedios. Remedios siempre relativos, como corresponde a la humana condición.

La reacción contestataria es de un infantilismo clarísimo. El niño rompe el juguete que tiene entre las manos cuando no sabe hacerlo funcionar, demostrando con ello o su pereza mental, o su ignorancia, o su falta de juicio.

Los intelectuales de la contra-cultura minan especialmente la protesta de la juventud, porque saben que es la clase social menos peligrosa para subvertir de verdad lo que quede de orden social.

Carecen de verdadera fuerza para derribar una sociedad todavía demasiado fuertemente constituida.

Ha llegado el momento de puntualizar mi referencia a la existencia de esos intelectuales, que constituyen una clase, y cuyas especiales características estoy procurando dibujar.

La denominación de intelectual es moderna. Siempre existieron hombres de pensamiento, que pocas veces lo son también de acción, enfrentados con el poder constituido.

Sócrates es acaso el primer intelectual eminente que nos viene al recuerdo. Los enciclopedistas del dieciocho fueron muy relevantes.

En España, creo yo, que si los identificamos con Ortega y Gasset y la *Revista Occidente*, podemos presentar, por primera vez, un grupo homogéneo contradictor del Estado vigente.

Pero ahora quiero referirme a unos intelectuales muy actuales, sin sentido trascendente, que explotan las corrientes intelectuales y políticas para asumir un papel contradictorio e insincero.

Me refiero a Francia. Aunque aisladamente estas reflexiones alcancen a algún intelectual aislado que pudiera existir en España.

La lectura de unos artículos de Georges Suffert en el *Figaro*, resumidos y ampliados después en un libro, los define de esta suerte. Se trata de la dictadura intelectual de un pequeño grupo de mandarines que dictan sus leyes a la prensa, a los salones literarios y a los cafés de «la rive gauche» de París.

Según Suffert, el intelectual en cuestión es izquierdista, a condición de no sacrificar su piso situado en un buen barrio de París, ni una residencia veraniega en Normandía, ni nada, en suma, que menoscabe su confort material y moral. Al mismo tiempo tendrá sobre su mesa un libro de Marcuse que acaso no ha leído, pero que citará con frecuencia. Hablará mucho de la necesidad de modificar las estructuras, de adaptarse al sentido de la historia, cuyo curso ineluctable conduce al socialismo. Al socialismo marxista, por supuesto. Sería irnos por otros caminos explicar que la palabra socialismo actualmente sufre tantas desviaciones y confusiones como el concepto de la democracia.

Esta traición de los intelectuales es la misma que denunciaron Benda y Peguy, la de abandonar el reino del espíritu que debe ser la misión por excelencia de los intelectuales.

Es falsa esta pretensión de establecer el fundamento de la ideología en los hechos puramente científicos, o técnicos, y en la deducción empírica de los hechos.

¡Como si los hombres no estuviesen dando permanentemente pruebas de sus ansias espirituales! Por ejemplo, cuando se afe-

rran a motivos sentimentales y cuando erigen en una creencia, poco menos que religiosa, a la fe democrática o la mística del marxismo.

La política árabe del petróleo ha asestado un duro golpe inesperado al falso mito del sentido de la historia.

Pero para este grupo intelectual francés que estoy considerando, lo único que importa es agitar banderas de signo negativo y erigir la protesta en categoría de razón y norma de pensamiento.

Ionesco juzga muy duramente a los intelectuales, a los que considera escritores mediocres, pintores poco importantes y sabios de guardarropía. En general son hombres fracasados y, por lo tanto, resentidos.

Muy duro es el juicio de Lenin sobre los intelectuales: «Se creen la sal de la tierra y no son más que una mierda».

Para Ionesco, que se declara maniqueista, los buenos intelectuales son los que son capaces de inmolarse por la causa que defienden hasta el heroísmo o el martirio, como los del Este. Un Soljenitsin, por ejemplo.

Naturalmente, que el verdadero intelectual no es este caricaturizado, aunque su existencia esté presente en el mundo actual y tenga esa indebida influencia y falso prestigio que denuncia Suffert.

La sociedad moderna contribuye, por muchas razones, a la inexistencia de los verdaderos intelectuales que ejerzan su elevada misión directora.

La verdadera educación consiste en formar a las mentes, no en atiborrarlas de recetas culturales y técnicas.

La cultura degenera en las minorías directoras educadoras, por la extensión de sus programas escolares tan vastos, que la sociedad moderna, tan compleja y técnica, necesita. Pero esto a costa de deshumanizar la enseñanza y privarla de sus fundamentos espirituales.

Una cultura enciclopédica, compuesta de la sucesiva suma de materias dispares, ha reemplazado una cultura universal creada por la relación orgánica de nociones extraídas de la realidad.

Si se ha podido definir la cultura como aquello que retenemos cuando hemos olvidado cuanto hemos aprendido, hoy día la defi-

nición sería más bien decir, que es la ausencia de lo que nos falta después de haber aprendido muchas cosas. Esta ruptura entre lo abstracto y lo concreto trasciende a las minorías directoras intelectuales que imaginan un hombre nuevo utópico sin sentido real.

De aquí la quiebra directora de los intelectuales. Los santos, los genios, los héroes han sido barridos. Por eso la sociedad imaginada es mediocre y estereotipada. Sin ejemplaridad humana, la sociedad decae fatalmente. Si, además, la primera ejemplaridad natural del padre y de la madre se pone en entredicho, sobreviene la disolución social anárquica.

Por eso la derecha tiene miedo. Acepto el término con toda la relatividad y confusión que encierra, porque en definitiva lo que queda de orden, de orden social, es un valor incuestionable del mundo clasificado como derechista.

La izquierda no tiene miedo, porque es escéptica y revolucionaria. Tiene poco o nada que perder si se abren las compuertas y discurre desordenado el caudal del río.

Lo grave es que la derecha teme que se le escape su mundo, pero no lo defiende más que con postulados puramente negativos.

El enemigo es el comunismo, al que hay que cerrar el paso.

Las afirmaciones positivas de la derecha son escasas.

Aírear la bandera de la libertad podía ser una de sus formas. Pero la derecha ha entregado esa bandera, desgarrada, en manos de la izquierda, que después de agitarla y ensuciarla, le sirve para envolver la masificación totalitaria.

La izquierda no teme el cambio que pueda producirse, ni la revolución subversiva. Porque ni está identificada con los valores morales ni espirituales, ni disfruta los beneficios materiales del orden constituido. Naturalmente que mis palabras deben entenderse radicalizadas, porque los grupos comprendidos por estas definiciones tan confusas, son muchos, distintos y con matices y situaciones diversas.

Respecto de la propiedad privada, la izquierda combatirá principalmente la propiedad agrícola, por las implicaciones familiares y de arraigo al terruño y, por tanto, a un sentido nacional que llevan consigo. En cambio, se entenderá bien con el capitalismo financiero, anónimo, irresponsable. También con el especulador.

Los ataques irán más contra la propiedad agrícola que contra la empresa industrial.

En la propiedad agrícola, el contrato entre propietario y obrero es directo y humano. La compenetración y la vida se identifican con las vicisitudes de la cosecha y la meteorología. Las familias de los labradores son conocidas y tratadas por los propietarios agrícolas.

En el capitalismo financiero, donde la propiedad se deshumaniza, su confraternización con el socialismo directa o indirecta no es infrecuente. En el capitalismo la idea de función social y de servicio desaparecen. Por eso ha creado, o al menos desarrollado, hasta el límite, una forma de propiedad que en sí misma no pueda tener ninguna función social, puesto que no comporta ninguna explotación. Como dice Ripert, en el capitalismo «la propiedad es una propiedad-goce, sin actuación personal ni responsabilidad».

La derecha defiende y teme la desaparición de la herencia, que la quiebra del sentido familiar moderno pone en entredicho. Con ello la propiedad se convierte en un depósito, y el apetito de la posesión se ennoblece.

Socavar la continuidad familiar es el medio más eficaz para crear individuos aislados, inermes, y títeres manejables. Por eso el pensamiento de esta izquierda se apoyará en la mozalbetería. En los jóvenes convertidos en clase, mucho más populares hoy día que las masas obreras, por el sentido negativo de su actitud de protesta, y por sentimentalismo ucrónicamente romántico.

La importancia de la protesta, de la contestación, para adoptar el galicismo convertido en palabra-mito, la exagera la prensa, la radio y la televisión. Los atuendos hippies, las revueltas estudiantiles, la libertad sexual, tienen una difusión muy grande porque la imagen que se da en ellas es simpática y atractiva.

Sobre todo, se inculca en la juventud la idea de que son protagonistas heroicos de un hecho trascendente.

En 1968, en París, los jóvenes combatientes oían en las barricadas, a través de los transistores de sus radios, un comentario sobre su actuación revolucionaria y su lucha callejera. Si Aquiles hubiera oído cánticos elogiosos de las hazañas de Homero durante la guerra de Troya, habría modificado su táctica estratégica.

La importancia de la contestación está no solamente en am-

plificar su trascendencia, sino en crear una imagen grata, convencional, que la haga atractiva.

En sociología las cosas no son solamente lo que son, sino lo que vienen a ser en la mente de las gentes.

En la espléndida película de Buñuel «El fantasma de la libertad», hay una serie de críticas deliciosas sobre las ideas convencionales.

En una de ellas, una niña es atraída en el parque, donde juega, por un hombre maduro que la enseña unas postales y acaba regalándoselas.

La niñera interviene llevándose a la niña, pero no le quita las postales. Cuando llega a casa, la niña cuenta el episodio a sus padres, que horrorizados y escandalizados reprenden a la niñera por su falta de vigilancia y por haber permitido que su hija conserve ese fajo de postales, que le ha regalado un extraño, hombre de alguna edad, en los jardines del parque público.

Al final de la escena los padres quedan solos y repasan las postales. Las postales no son postales pornográficas ni eróticas. Son reproducciones de la Torre Eiffel, de la Opera, del Louvre, etcétera. Vistas de París en suma. Pero la idea convencional que prevalece es que un extraño en un parque, si regala unas postales a una niña deben ser imágenes sexuales pornográficas, o desnudos al menos, para seducirla.

La libertad sexual tiene hoy día prioridad propagandística sobre las libertades políticas y las aspiraciones económicas y sociales.

Pero como el maniqueísmo es siempre falso, la actitud de los jóvenes buscando un mundo más alegre y feliz que el de sus progenitores, los conduce por caminos insospechados a buscar a Dios y a Jesucristo. Ahí están «Jesucristo Superstar» y «Godspell», por ejemplo. Diré de pasada, que así como la película presentada en España me gusta poco, en cambio «Godspell» tiene para mí valores espirituales y religiosos muy importantes. Trascenderían más si los actores hubiesen omitido unos innecesarios toques chabacanos y el actor que representa a Jesucristo fuese más viril.

La sociedad capitalista convirtió al lucro en su móvil impulsor, y redujo la existencia, a la consecución del mayor beneficio. Su aliado, la publicidad desorbitada, nos ha traído una sociedad de consumo desprovista de alegría, que arrastra al hombre, con el

incentivo de bienes que no necesita, a un desarrollo económico fuera de sus posibilidades. Esta aceleración desmedida es sin duda otro de los males del mundo actual y la prisa, su exponente diario más aterrador.

Estos fallos del orden social, son los que alientan la protesta por la protesta, y la creación del mito contestatario.

Hay dos sentidos de la vida contrapuestos: el cristiano, mejor todavía el católico, y el comunista. Esta afirmación no es mía, sino de Sartre.

Las dos tesis tienen a su servicio grupos intelectuales que los defienden.

Pero el partido intelectual de la contracultura al que Georges Suffert ha dedicado un libro polémico, tan ameno como interesante, es ese otro grupo parásito que explota los aledaños ideológicos del comunismo, y la juventud erigida en clase social, sin ningún sentido auténtico de trascendencia. Es un parásito que vive a expensas de los dos e incluso recoge parte del pensamiento de la derecha, sin más ánimo que alcanzar poder, gloria y beneficio.

Recordaré, para terminar, que dije antes que en España no existe un «partido intelectual de la butaca», como le llama Georges Suffert, pero sí quizás algunos intelectuales aisladamente clasificables en esta definición. Caminar por caminar, sin conocer la meta, aplicando a la poesía de Machado una tergiversada deformación, es indudablemente censurable.

Pero recordemos también que Cervantes decía que «el camino es siempre mejor que la posada».

Sin embargo, no creo que una recta interpretación de este dictamen sea proclamar; que caminar sin brújula ni puerto en perspectiva, sea mejor que el inmovilismo.

La revolución se combate con la evolución ciertamente, pero con una evolución inspirada en ese sentido religioso, moral y espiritual que encauzaría el progreso, daría sentido a la vida, haría imperar la justicia y la armonía social. El orden, en una palabra, que es el nombre social de la belleza.

El hombre necesita una creencia para mover sus pasos, una fe. La fe democrática ha venido a sustituir en parte a la fe religiosa. Ciertamente acepciones democráticas que las asocian con

la idea de libertad, de información, de identificación con la opinión pública, de representación, en suma las más simpáticas y valederas. La que Menéndez Pelayo exaltó en la Monarquía española, en el tantas veces citado brindis del Retiro, su sustantividad cristiana en la esencia, y democrática en la forma.

Pero sin duda el político tendrá que acomodar a su entorno y al tiempo, las tesis políticas.

La clave del éxito estará, por supuesto, en acertar para que los principios políticos lleguen tan lejos como la realidad imponga, sin poner en riesgo la eficacia de su posible flexibilidad. La misión del intelectual puro será acaso más sencilla, pero más trascendente, porque en definitiva son las ideas las que gobiernan a los pueblos.

La forma de expresión, y la norma de conducta, es también importante. Hay algunos políticos que defienden muchas veces valores de la derecha indiscutibles, pero los presentan ingratamente y los defienden con altanería y antipática tozudez que repelen y no atraen.

Porque nunca debemos olvidar el refrán que dice, «que se pescan más moscas con una gota de miel que con una orza de vinagre».

